

nes

i niños.

hora i so

de niño i

el carmin,

e razo, pa-

mui buena

o R. i ven-

ero 83 i 10

10-5

SA

R U E T.

Antioquia

ectos fran-

cará a las

currir allí.

birán, para

limpiar,

estidos de

ento lleva-

5-4

riente, en

Pamplona,

ñor Pedro

1.º núme-

8-3

O.

21.

ICINAS.

CIOS

como Ajen-

Bravo.

3-8

grandes sufrimientos por ver coronadas nuestras dulces esperanzas de ver gobernar al verdadero liberal defensor de nuestra causa.

Tolú, febrero 7 de 1873.

M. Pinzon Gallegos— Concepcion Atencio— Pilar González— Bernardino López— Miguel Rico— Pedro Santos— José de Jesus Sanchez— Juan Guerra— Juan Santamaria— Martín Rosa— Lorenzo Mora— Francisco Ranjel— Isabel Santamaria— Matías Murgas— José María Rosa— Baltazar Rosa— José de los Santos Saavedra— Sebastian Morillo— Ignacio Morillo— Mauricio de Gracia— José María Morillo— Mariano Atencio— Dámaso Atencio— Leandro Atencio— Patricio Atencio— Candelario Rosa— Juan Rodriguez— Vicente Jordan— Concepcion Pineda— Andres Otero— Narciso Solano— Claudio J. Jiménez— Saturnino Mojica— Francisco Duarte— Marcelino de Gracia— José María Carrillo— Isidro Bocarando— Juan de Dios Castillo— Jacinto Castillo— Antonio Santos— Francisco Ranjel— Trinidad Rodriguez— Nicolas Trejo— Victor Carrillo— Atanacio Abrego— Santos González— Juan B. Alvarado.

EL UTILITARISMO.

De las prensas de los señores Echeverría hermanos ha salido en los últimos días un folleto que tiene por título "El principio de utilidad por John Stuart Mill, traducido del inglés por Aureliano González T."

El nombre del autor es suficiente para recomendar el escrito; i nuestro amigo el señor González presta a la causa de sus convicciones un servicio mui importante con la traducción de obras como las de Mill, que si se vulgarizaran lo bastante destruirian la prevención que existe contra ciertas doctrinas, mas que por cualquiera otra causa; por no ser ellas bien conocidas.

Juzgando que nuestros abonados leerán el escrito en referencia con el mismo interes con que nosotros lo hemos leído, i no pudiendo, por su estension, insertarlo íntegramente, publicamos en seguida algunos pasajes que dan

nes esta materia no es desconocida; saben bien que todos los escritores que han sostenido la teoría de la utilidad, desde Epicuro hasta Bentham, no han entendido por ella cosa ninguna contraria al placer, sino el placer mismo, i al propio tiempo la ausencia de toda pena, i que en vez de oponer lo útil a lo agradable o a lo bello, han declarado siempre que lo útil comprende todas estas cosas.

El vulgo, sin embargo, comprendiendo en esta palabra el vulgo de los escritores, no solo de los diarios i periódicos sino de pesados i pretensiosos libros, viene a encallar siempre en esta equivocacion tan lijera. Habiendo tomado la palabra utilidad sin conocer de ella mas que el sonido, espresan por lo jeneral con ella la repulsion o el olvido del placer bajo algunas de sus manifestaciones; lo bello, lo agradable, lo que divierte &c. Pero hai mas; el abuso ignorante de esta palabra no solo tiene lugar cuando se la aplica como un término de censura, sino que a veces se hace uso de ella tambien para espresar el elogio, como si lo útil no encerrase en sí algo superior a lo frívolo o a los placeres del momento. I este uso pervertido es el único en el cual la palabra es popularmente conocida i la única fuente en que la jeneracion actual bebe las nociones que posee sobre ella.

Aquellos que introdujeron la palabra utilitario, pero que durante muchos años han dejado de emplearla en el sentido de una denominacion distintiva, no pueden dejar de sentirse llamados a volverla a poner en uso, esperando por este medio contribuir de algun modo a sacarla de la profunda degradacion en que ha caído.

La doctrina que acepta la utilidad o el principio de la mayor felicidad como base de la moral, sostiene que las acciones son buenas en proporcion a su tendencia a producir la felicidad, i malas en tanto que tienden a producir lo contrario a la felicidad. Por felicidad se comprende el placer i la ausencia de pena, i por infelicidad la pena o la privacion de placer.

Habria mucho que decir para dar una idea clara de la regla moral sentada por esta teoría, i en particular habria que manifestar qué cosas están incluidas en las ideas de pena i placer, i hasta qué punto es esta una materia de discusión. Pero estas esplicaciones adicionales no afectan en nada la

que la acusacion supone a los seres humanos incapaces de otros placeres que no sean los de los cerdos. Si esta suposicion fuera verdadera, la acusacion no podria contradecirse; pero si dejaria de ser un cargo, porque si las fuentes del placer fuesen unas mismas para los cerdos i para los hombres, la regla de vida, que es bastante buena para los unos, seria tambien bastante buena para los otros.

La comparacion de la vida de los epicúreos con la de las bestias, es degradante, precisamente porque los placeres de las bestias no satisfacen a la idea que el sér humano tiene de la felicidad. Los seres humanos tienen facultades mas elevadas que los apetitos animales, i una vez que tienen conciencia de ellas no consideran como felicidad sino lo que incluye la satisfaccion de esas facultades.

Debe admitirse, sin embargo, que en jeneral los escritores utilitaristas han hecho consistir la superioridad de los placeres mentales sobre los del cuerpo, principalmente en su mayor duracion, seguridad, economia &c, es decir, mas bien en sus consecuencias que en su íntima naturaleza. I sobre todos estos puntos los utilitaristas haz probado perfectamente la verdad de sus aserciones; pero ellos han podido hacerse cargo de las otras consideraciones colocándose así en un terreno mas elevado sin haber cometido con esto la menor inconsecuencia. Seria un absurdo computar únicamente la cantidad, al tratarse de estimar el placer, cuando al considerar todas las cosas no solamente se tiene en cuenta la cantidad sino tambien la calidad.

Puede, ademas, objetarse que muchos que comienzan la vida con un entusiasmo juvenil por todo lo que es noble, caen con el tiempo en la indolencia i en el egoismo. Pero yo no creo que aquellos que sufren este cambio frecuente, escojan voluntariamente los placeres de baja categoria con preferencia a los de una clase mas elevada. Yo creo que se entregan esclusivamente a los primeros, porque se han hecho incapaces de los segundos. La capacidad para los sentimientos delicados es, en la mayor parte de las naturalezas, una planta mui tierna, que puede marchitarse, no solo bajo las influencias hostiles, sino tambien por la falta de ali-

cisivo. I debo vacuarse tanto menos en aceptar esta decision, respecto a la calidad de los placeres, cuanto que no hai otro tribunal a donde apelar, aun tratándose de la cantidad.

¿Qué medio hai para determinar cuál de dos penas es la mas aguda, o cuál es la mas intensa de dos sensaciones agradables, sino es el sufragio jeneral de aquellos que están familiarizados con ámbos? Ni los placeres ni las penas son homogéneos, i la pena es siempre heterojénea con el placer. ¿Qué es lo que puede decidir si un placer particular es digno de adquirirse a costa de una pena particular, si no son los sentimientos i el juicio de las personas experimentadas? Pues el mismo respeto merecen este juicio i estos sentimientos cuando declaran que los placeres, derivados de las facultades superiores, son preferibles como especie i prescindiendo de la cuestion de intensidad a aquellos de que es capaz la naturaleza animal, desnuda de las facultades superiores. Me he estendido sobre este punto porque él es imprescindible para la perfecta intelijencia de la utilidad o felicidad, considerada como regla directiva de la conducta humana. Pero él no es una condicion indispensable para la aceptación del criterio utilitario, porque ESTE CRITERIO NO ES LA MAYOR FELICIDAD DE LA JENTE, SINO LA MAYOR SUMA DE FELICIDAD JENERAL; i si es posible dudar que un carácter noble es siempre el mas feliz por su nobleza misma, no puede dudarse que él hace a otros mas felices i que apareja una gran ventaja para el mundo en jeneral.

El utilitarismo, pues, no podria conseguir su objeto sino por el cultivo jeneral de la nobleza de carácter en todos los hombres, aun cuando cada individuo se aprovechase únicamente de la nobleza de los demas, i la suya propia en cuanto concierne a la felicidad, no fuera sino una deduccion del beneficio comun. Pero basta la simple enuncacion de semejante absurdo para hacer superflua la refutacion. Segun el principio de la mayor felicidad posible, tal como se ha explicado ántes, el fin con relacion i en consideracion al cual todas las otras cosas son deseables (sea que se trate de nuestro propio bien o del de los demas), es una existencia tan esenta de pena como sea posible, i tan rica en goces como sea posible tambien, bajo el doble punto de vista de la cantidad i de la calidad; siendo el criterio

de la calidad i la regla para medirla con relacion a la cantidad, la preferencia dada por aquellos a quienes la esperiencia i los hábitos del exámen i la observacion propias suministran mejores medios de comparacion. Siendo este, segun la doctrina utilitarista, el fin de todas las acciones humanas, es necesariamente tambien el criterio de la moral, la cual, como arte, puede definirse: el conjunto de reglas i preceptos para la conducta de los hombres, cuya observacion asegure en cuanto sea posible a la humanidad entera una existencia tal como la que ha sido descrita; i no solamente al jénero humano, sino tambien, en cuanto lo permite la naturaleza de las cosas, a todos los seres que sienten.

No es raro oír acusar de atea la doctrina de la utilidad. Si una suposicion tan infundada merece alguna respuesta, diremos que la cuestion depende de la idea que nos formemos del carácter moral de la Divinidad. Si es cierto que Dios desea ante todo la felicidad de sus criaturas, i que al crearlas fué su designio hacerlas felices, la doctrina utilitaria no solamente no es atea sino que es mas profundamente religiosa que cualquiera otra. Si la acusacion consiste en que el utilitarismo no reconoce por lei suprema de la moral la voluntad de Dios, tal como ha sido revelada, yo respondo que un utilitarista que cree en la perfecta bondad i sabiduría de Dios, debe creer necesariamente tambien que todo lo que este Dios ha juzgado bueno revelar con respecto a la moral, debe satisfacer en supremo grado las exigencias de la utilidad.

Los utilitaristas, i tambien muchos otros que no lo son, han juzgado que la revelacion cristiana tiene por objeto i por resultado animar el corazon i la inteligencia de los hombres de un espíritu que los hace capaces de descubrir por sí mismos lo que es bueno, i que los dispone a practicarlo despues de haberlo reconocido, i no enseñarles en qué consiste lo bueno, ni tampoco el que tengamos necesidad de una doctrina moral escrupulosamente observada que nos interprete la voluntad de Dios. Es inútil examinar aqui la exactitud de esta opinion, pues todo el apoyo que la religion, sea natural o revelada, puede prestar a la investigacion de la moral, se halla tanto al alcance del moralista utilitario como al de cualquiera otro. El utilitarista lo considerará como un testimonio de la Divinidad para los efectos útiles o perniciosos de una manera de obrar dada, con el mismo derecho que otros se-

mos que concluir que no es conveniente la violacion de una regla de una utilidad tan superior por una ventaja inmediata; i que debemos mirar como a uno de nuestros peores enemigos a aquel que, sea por propia o ajena conveniencia, priva de alguna manera a sus semejantes del bien que resulta de la confianza reciproca en su palabra i espere entre ellos el mal que apareja la falta de esta misma confianza. Sin embargo, todos los moralistas reconocen que esta regla, apesar de su carácter sagrado, tiene tambien sus excepciones: la principal de ellas tiene lugar, cuando ocultando un hecho (como los informes a un malhechor, o malas noticias a una persona enferma) se le evitan a un individuo males inmerecidos, siendo preciso decir una mentira para conseguirlo. Pero para que esta excepcion no traspase los límites de lo necesario, no debilita sino en la mas pequeña escala la confianza en la veracidad humana, deberia examinársela i reconocérsela con sumo cuidado i definir sus límites en cuanto esto fuese posible. Si el principio de utilidad es bueno para algo, debe serlo sin duda para pesar estas utilidades en conflicto i determinar el punto en que una u otra debe llevar la preferencia.

A veces tambien los utilitaristas se ven obligados a responder a objeciones como la siguiente: con frecuencia sucede que, antes de obrar no se tiene el tiempo suficiente de calcular i pesar los efectos que una manera de obrar dada traerá sobre la felicidad jeneral. Esto es lo mismo exactamente que si se dijera que nos es imposible arreglar nuestra conducta al cristianismo porque no siempre que vamos a obrar tenemos tiempo de leer el Antiguo i el Nuevo Testamento. Esta objecion se contesta victoriosamente diciendo que ha habido tiempo mas que suficiente de hacer el cálculo, durante todo el pasado de la especie humana. En este tiempo la humanidad ha aprendido por esperiencia los resultados de las acciones, i en esta esperiencia descansan toda la prudencia i toda la moralidad de la vida. No falta quien replique que esta escuela de esperiencia ha sido abierta ahora no mas i que un hombre que se siente movido a atacar la propiedad o la vida de otro debe empezar a considerar por primera vez si el robo o el asesinato son perjudiciales a la felicidad de los hombres. Pero aun en este caso no me parece que la solucion tendria nada de difícil, pues en el estado actual de las cosas ya está resuelta para él. Hai algo de extravagante a la verdad en supo-

mer principio i la admision de principios secundarios. Dar informes a un viajero sobre el lugar a donde se dirige, no es prohibirle que se sirva de las señales i de los indicadores del camino.

El capítulo 3.º trata de la última sancion del principio de utilidad, i en él se encuentran los siguientes pasajes:

El principio de utilidad, pues, tiene, o al ménos nada se opone a que tenga, todas las sanciones que posee cualquier otro sistema de moral. Estas sanciones son internas i externas. De las primeras no hai necesidad de hablar: son la esperanza de obtener el favor de nuestros semejantes i del Creador del universo i el temor de desagradarles, unidos con los sentimientos de simpatía i afecto por los hombres, o de amor i respeto por el Creador, que nos inclinan a hacer su voluntad sin tener en cuenta para nada la utilidad particular. No hai evidentemente razon alguna para que estos motivos de observancia obren con ménos fuerza i eficacia del lado de la moral utilitaria que del de cualquiera otra moral. Los que se refieren a nuestros semejantes obrarán con mayor fuerza a medida que crezca la suma de inteligencia jeneral, porque sea que exista o no otra clase de obligacion moral que la felicidad jeneral, siempre es cierto que los hombres desean la felicidad; i por mui imperfecta que pueda ser su conducta personal, desean i recomiendan en los hombres cualquier manera de obrar que crean puede contribuir a su propia dicha.

Por lo que hace al motivo religioso, si los hombres creen en la bondad de Dios como la mayor parte lo pretenden, aquellos que juzgan que favorecer la felicidad jeneral es la esencia, o solo el criterio del bien, deben creer así mismo que esto es precisamente lo que Dios aprueba. Toda la fuerza de las recompensas i de los castigos exteriores, sean físicos o morales, i procedan de Dios o de los hombres, unida a todo aquello de que es capaz la naturaleza humana en materia de sacrificio desinteresado al Creador o a sus criaturas, viene a servir de apoyo a la moral utilitarista en proporcion que esta moral va siendo reconocida, i con tanto mejor éxito cuanto mas trabajen la educacion i la cultura jeneral en servicio de esta causa.

Hasta aquí por lo que respecta a las sanciones externas. La sancion interna del deber, sea cual fuere nuestro criterio, permanece siempre única i la misma; es un sentimiento de nuestra alma, un dolor que o-

raleza o el orijen de la conciencia, esto es lo que esencialmente la constituye.

Siendo, pues, la sancion de toda moralidad (dejando a un lado los motivos esteriores) un sentimiento subjetivo de nuestra alma, yo no veo nada que pueda poner en dificultad a los partidarios de la utilidad al tratarse de saber cuál es la sancion de este principio. Puede mui bien decirse que su sancion es la misma que la de todos los otros criterios de la moral: los sentimientos de la conciencia humana. Sin dada esta sancion no será de ninguna eficacia para aquellas personas que no experimentan los sentimientos a los cuales apela; pero tales personas no prestarán tampoco mayor obediencia a un principio moral distinto del de la utilidad. Ninguna moral obra sobre ellas, sino es en virtud de las sanciones externas. Sin embargo, los sentimientos de la conciencia existen, son un hecho en la naturaleza humana i la esperiencia demuestra su realidad, así como el gran poder que son susceptibles de ejercer sobre aquellos en quienes han sido convenientemente cultivados. Jamas se ha probado por qué no pudieran desarrollarse de una manera tan completa, de acuerdo con la doctrina utilitaria, como con cualquiera otra regla de moral.

La importancia del capítulo 5.º *Relaciones de la justicia con la utilidad*, nos parece tan notable que habremos de publicarlo íntegro, no obstante su estension, en nuestros próximos números.

Hechos diversos.

Juicio erróneo.

La América, en su número 94, inserta parte de un artículo que escribimos en réplica a otro de *El Tradicionista*, i por via de comentario concluye aquel periódico dándose por advertido de la division que hai en el partido liberal, i atribuyendo al *Diario* falta de memoria por el hecho de asimilar a los conservadores a la fraccion liberal que en mas de un caso ha preferido el empleo de la fuerza al poder de la idea.

Para probar nuestra falta de memoria dice, que nosotros no recordamos que los radicales han formado al lado de las dictaduras cuando han podido tener influencia en ellas, i que solo se han mostrado enemigos cuando el dia-

que inda

que no h

Todas

esta sola

porque

ral, i po

posible,

mejores

liberales

Así d

las opini

yando l

pueden r

la *liga*, i

concurta

certó tan

no han f

estos se

yendo a

que tal

su autor

nion por

haria tac

Nuest

con los

el fondo

tidos por

No det

como el

Cundinam

hechos, si

otros, sin

ponernos

voluntad,

trictismo,

señor Pén

cribimos

soria que

que nosot

creemos,

que el de

ayudar al

plificada la

Pero ni

acuerdo d

en califi

el pensam

vadores,

mantener

tura del e

paz, i par

de prospe

ral puede

So ha

en qué consiste lo bueno, ni tampoco el que tengamos necesidad de una doctrina moral escrupulosamente observada que nos interprete la voluntad de Dios. Es inútil examinar aquí la exactitud de esta opinión, pues todo el apoyo que la religión, sea natural o revelada, puede prestar a la investigación de la moral, se halla tanto al alcance del moralista utilitario como al de cualquiera otro. El utilitarista lo considerará como un testimonio de la Divinidad para los efectos útiles o perniciosos de una manera de obrar dada, con el mismo derecho que otros se servirán de él considerándolo como la indicación de una lei trascendental que no tiene ninguna relacion con la utilidad o la felicidad.

Con frecuencia tambien se ataca sumariamente el utilitarismo, diciendo que es una doctrina inmoral i dándole el nombre de espedito para aprovecharse de la significacion vulgar de esta palabra i hacerla contrastar con la de principio. Pero la palabra espedito en el sentido en que se opone al bien, significa por lo regular, lo que es ventajoso en el interes particular del agente, como, por ejemplo, lo que hace un ministro cuando sacrifica los intereses de su pais para mantenerse en el poder. Cuando con esta palabra se designa una mejor manera de obrar, significa lo que es conveniente hacer con un objeto inmediato o por un motivo pasajero, pero violando una regla cuya observancia seria mucho mas conveniente. En este sentido, lo conveniente, en vez de ser la misma cosa que lo útil, hace parte de lo perjudicial. Muchas veces, por ejemplo, seria conveniente decir una mentira para salir de un embarazo momentáneo o para alcanzar un objeto de una utilidad inmediata para nosotros o para otros. Pero como nuestra manera de obrar no puede producir mejor resultado que el desarrollo en nosotros mismos de un delicado sentimiento por la veracidad, ni un efecto mas pernicioso que el debilitar este sentimiento; como toda separacion de la verdad, por involuntaria que sea, contribuye a disminuir la confianza en la palabra de los hombres, que es lo que sostiene todo el orden social; i como la disminucion de esta confianza es lo que mas fuertemente se opone a la civilizacion, a la virtud i a todo aquello de que depende la felicidad de los hombres, tene-

de las acciones, i en esta esperiencia descansan toda la prudencia i toda la moralidad de la vida. No falta quien replique que esta escuela de esperiencia ha sido abierta ahora no mas i que un hombre que se siente movido a atacar la propiedad o la vida de otro debe empezar a considerar por primera vez si el robo o el asesinato son perjudiciales a la felicidad de los hombres. Pero aun en este caso no me parece que la solucion tendria nada de difícil, pues en el estado actual de las cosas ya está resuelta para él. Hai algo de extravagante a la verdad en suponer que si los hombres se pasiesen de acuerdo en reconocer la utilidad como criterio de la moral, no pudiesen hacer lo mismo para convenir en lo que es útil i no tomasen medidas para inculcar a la juventud sus nociones a este respecto i para darles el apoyo de la moral i de la opinion. No hai absolutamente dificultad en probar que un criterio de moral, cualquiera que sea, tiene que funcionar mal si se le supone acompañado de la estupidez universal; pero bajo cualquiera otra suposicion debe convenirse en que la humanidad con el trascurso del tiempo ha adquirido ya creencias positivas respecto a los efectos de ciertas acciones sobre su felicidad; i estas creencias asi transmitidas hasta nosotros forman reglas de moral tanto para la multitud como para el filósofo, en tanto que no les sea dado descubrir otras mejores.

Yo admito, i diré mas, estoy convencido de que en muchos casos esto último no seria nada difícil para los filósofos; creo que el código de moral reconocido, de ninguna manera es de origen divino, i que los hombres tienen aún mucho que aprender por lo que respecta a los efectos de las acciones sobre la felicidad jeneral. Los corolarios del principio de utilidad son, como los preceptos de todas las artes prácticas, susceptibles de una mejora indefinida, i en el estado progresivo del espíritu humano su perfeccionamiento se elabora sin interrupcion. Pero considerar las reglas de moral como capaces de perfeccionamiento, i no tener en cuenta las jeneralizaciones intermedias, i juzgar cada accion individual directamente segun el primer principio, son dos cosas enteramente distintas.

Es extraño figurarse que hai incompatibilidad entre el reconocimiento de un pri-

o de los hombres, unida a todo aquello de que es capaz la naturaleza humana en materia de sacrificio desinteresado al Creador o a sus criaturas, viene a servir de apoyo a la moral utilitarista en proporcion que esta moral va siendo reconocida, i con tanto mejor éxito cuanto mas trabajen la educacion i la cultura jeneral en servicio de esta causa.

Hasta aquí por lo que respecta a las sanciones eternas. La sancion interna del deber, sea cual fuere nuestro criterio, permanece siempre única i la misma; es un sentimiento de nuestra alma, un dolor mas o ménos intenso que acompaña la infraccion del deber i que en las naturalezas morales bien dirigidas se levanta en los casos mas graves hasta el punto de hacerlas retroceder delante de esta infraccion como delante de una imposibilidad. Cuando este sentimiento es desinteresado i se refiere a la pura concepcion del deber, i no a una de sus formas particulares o a simples circunstancias accesorias, es la esencia de la conciencia. I sin embargo, en este fenómeno complejo, tal como existe realmente, el simple hecho parece en lo jeneral rodeado de una asociacion de ideas subsidiarias que provienen de la simpatía, del amor, i sobre todo, del temor; del sentimiento religioso bajo todas sus manifestaciones, de los recuerdos de nuestra infancia i de nuestro pasado; de la estimacion de nosotros mismos, del deseo de obtener la de los otros, i algunas veces tambien de nuestra propia humillacion. Esta complicacion tan extrema es, en mi concepto, el origen del carácter místico que estamos inclinados a atribuir constantemente a la idea de obligacion moral. Esta tendencia del espíritu humano, de la cual pudieran presentarse otros muchos ejemplos, conduce a los hombres a creer que la idea de obligacion moral no puede ligarse a otros objetos que a aquellos que segun nuestra actual esperiencia parecen ser los únicos que la escitan en nosotros en virtud de una lei misteriosa que se supone. Tal sentimiento debe su fuerza obligatoria a la existencia de un conjunto de sentimientos con los cuales es preciso romper para hacer lo que es contrario a nuestro criterio del bien, i que una vez que lo hemos infringido volverán a presentárnosnos probablemente bajo la forma del remordimiento. Sea cual fuere nuestra teoria sobre la natu-

advertido de la division que hai en el partido liberal, i atribuyendo al *Diario* falta de memoria por el hecho de asimilar a los conservadores a la fraccion liberal que en mas de un caso ha preferido el empleo de la fuerza al poder de la idea.

Para probar nuestra falta de memoria dice, que nosotros no recordamos que los radicales han formado al lado de las dictaduras cuando han podido tener influencia en ellas, i que solo se han mostrado enemigos cuando el dictador les ha lastimado con el tacón de sus botas. Aduce como testigos el 19 de julio de 1861 i el 29 de abril de 1867.

En cuanto a la division del partido liberal, es muy sensible pero no puede negarse. Si ella no existiera no veriamos liberales que se ligan con los conservadores, liberales que fomentan la guerra i que la conciertan con nuevos aliados, i liberales que combaten tan estrafios manejos.

En cuanto al 19 de julio, si con esa fecha se pretende recordar los fusilamientos que en mala hora, i contra la opinion casi unánime de los liberales, se cumplieron en la plaza de los Mártires, nos bastaria decir: que Mosquera, con los resabios de la escuela conservadora a que habia pertenecido, fué quien ejecutó tan escandaloso atentado, atentado que no obtuvo, sin embargo, para que los conservadores se ligaran despues, en 1869, con el mismo que así les habia lastimado con el tacón de sus botas.

Por lo que hace al 29 de abril, la falta de memoria parece ser de nuestro cofrade, pues es notorio que los liberales que acompañaron a Mosquera en aquel golpe de estado fueron precisamente los que en todo tiempo se han mostrado mas enemigos de los radicales i los que han estado dispuestos a entenderse con los conservadores.

Razon de una creencia.

La *Revista de Colombia*, en el número del sábado 14, explica las causas

plificada labor.

Pero en lo que se acuerda al señor R. en calificar de infante el pensamiento de los vadores, i en procurar mantener la union futura del señor Pérez, i para que la de prosperidad a que tal puede llevarla.

Se ha publicado los señores Eche primer número de tico, literario i no ya aparicion anurdos, i que se ha principal objeto de ser para SALGAR para Cundinamarca. Si de él se hace un para circularla gr

Damos la enh liberal por la apa del progreso; i p: cofrade nuestro c

Para dar una itendencias de El mos los siguientes artículo de fondo

Los ciudadanos e mos a dirigir nues Cundinamarca, no s ni al intervenir en solicitan medros per malógica influencia d mal linaje. Ellos co dadanta política i la solo son una fuente necesario ejercer, si nen sagrados debere plir; comprenden q tibieza en la acci los intereses colecti improprios de verda reconocen que hai mente delicadas en zarse de brazos i mientes; en silencio, o de peligro de degrad a de seguir su marc deros.

95/